

No hablo, de propósito, de otras casas más cercanas, que casi se quedaron solitarias para poblar nuestros Colegios de México.

Yo os felicito y me felicito á mí mismo por tantas pruebas de amor y de fraternidad. Yo os deseo igual prosperidad que la que alegra á los establecimientos que he visto. Que reine aquí siempre la santa paz y caridad, el espíritu de unión, el amor al estudio, de que he sido testigo dondequiera. Que no sólo prosperen vuestras escuelas, sino que podamos ver florecer bajo vuestro amparo las piadosas asociaciones, que ya han empezado á surgir entre vosotras, y que en otras partes tan magníficos resultados producen. Que llegue á ser nuestra casa tan espaciosa, que pueda estar todo el año abierta á las Señoras del mundo que quieran retirarse á practicar los ejercicios de San Ignacio. Que las nuevas vías de comunicación sirvan para traer con frecuencia predicadores y misioneros celosos, varones apostólicos, como el que con tanto gusto mío y provecho vuestro os visitó durante la Semana Santa, confesores doctos y guías espirituales en mayor abundancia que los que ha podido proporcionaros hasta aquí vuestro indigno Padre y Pastor. Ruego, sobre todo, al Señor, que el fruto de la brillante y cristiana educación que aquí estáis recibiendo, no sólo no se pierda cuando volváis ¡oh niñas! al mundo, sino que fructifique y produzca ciento por uno y salve á nuestro desdichado país del torrente de impiedad que sobre él se ha desbordado.



## DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO  
DE NIÑAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE SAN  
LUIS POTOSÍ, EL 25 DE JULIO DE 1889.





**N**ADA de largos viajes, ni visitas  
Á españoles ó itálicos conventos,  
Ni de fiestas de Papas ó de Reyes,  
Este año ¡oh niñas! que narraros tengo.

Mi vida, bien lo véis, se ha deslizado  
Tranquila, como el plácido arroyuelo  
Que, aunque en el fondo oculte algún escollo,  
Del monte al mar camina con sosiego.

Sacrosanto deber, muy á menudo  
En el que florecéis, cercado huerto,  
Me obliga á penetrar; pero los ojos  
¡Cuán raras veces á vosotras vuelvo!



Impórtame saber, que os multiplica  
Y os nutre sin cesar celeste riego;  
Pero á otras manos el difícil cargo  
De cultivaros, de buen grado dejo.

Quizá más que el romano, los tesoros  
Que de la antigua Roma oculta el suelo,  
Conoce el anticuario de Germania  
Que los estudia con afán de lejos.

No de otra suerte yo, cuando hace un año  
Vagaba ausente por extraños reinos,  
Más mis lejanas flores conocía  
Que hoy, que sin trabas al jardín me acerco:

Y al coronar vuestras queridas sienes,  
Si no os he de ofender con mi silencio,  
Sólo podré decir: ni de mí propio,  
Ni de vosotras, sé nada de nuevo.

Palabra descortés en apariencia,  
En realidad, de inestimable precio;  
Dulce palabra, que quisiera en vano  
Con verdad repetir más de un Colegio.

Muy cerca, de argentíferas montañas  
De sin igual valor, se eleva en medio  
Plantel hermano, al parecer más fuerte  
Que este su hermano, y que nació primero.

Mas ¡ay! sobre sus torres inseguras  
Ruge amenazador el ronco trueno,  
Mientras oculta mina, por debajo  
Carcome destructora sus cimientos.

El sol en tanto, con fulgor benigno  
De nuestro santo hogar alumbra el techo,  
Y aunque en redor se formen tempestades,  
Mi querido jardín respeta el cierzo.

Há sólo un mes, mientras alegres todas  
Del Corazón Sagrado el amor tierno  
Celebrabais aquí, tristes gemían  
Vuestras hermanas de la culta México.

Con celeste esplendor se aparejaba  
El banquete del místico Cordero,  
Y de cándidas niñas acudía  
Por la primera vez coro selecto.

¡Cuál flotaban al aire los crespones  
De su blanco ropaje y níveos velos  
(Símbolo de pudor)! Una falange  
De Ángeles del Señor volaba entre ellos.

Oculto y disfrazado entre la turba  
De inocentes espíritus angélicos,  
Acechaba Satán, tendido el arco  
Y de saetas el carcaj repleto.

Para calmar su cólera impotente  
Anhelaba una víctima, una al menos;  
Y como en tal instante no era fácil  
Matar el alma, quiso herir el cuerpo.

Escogió la más pura entre las niñas,  
Y al ver entrar al Humanado Verbo  
Por sus rosados labios, á la espalda  
Alevoso asestó dardo certero.



Fué tan rápido el tiro, que no tuvo  
Lugar de protegerla su ángel bueno,  
Aunque para cubrirla alzó veloçe  
Su largo escudo de bruñido acero.

¡Ay! era tarde. La invisible punta  
Atravesó el pulmón y el blando pecho;  
Y junto con el Pan de eterna vida,  
La víctima bebió letal veneno.

Y lánguida inclinando la cabeza,  
No pudo ya, ni unirse al hacimiento  
De gracias, con sus tiernas condiscípulas,  
Ni figurar en sus alegres juegos.

Y cual la flor que sin piedad arranca  
Hermosa virgen, del rosal materno,  
No torna á florecer, por más que darle  
Quiera el calor de su amoroso seno;

Y aunque la empape en perfumada linfa  
Ó á coronar la lleve su cabello,  
Una tras otra sus fragantes hojas  
La desahuciada rosa va perdiendo;

Así á la niña, ante el altar herida,  
Agudo mal consume sin remedio;  
Y aunque su cama cercan amorosas,  
Son vanos de las madres los desvelos.

Y de Jesús en los amantes brazos  
Piadosa exhala el postrimer aliento,  
De Su Sagrado Corazón la fiesta  
Volando á celebrar allá en el cielo.

Ella al cielo voló; mas su morada  
¡Ay! cubierta dejó de luto acerbo;  
Y sus hermanas, cual Raquel, rehusan  
Á su amarga aflicción hallar consuelo.

Y á vosotras ¡oh niñas! entretanto  
¿Qué pena ha interrumpido vuestro sueño?  
Reina en esta mansión imperturbable  
La dicha, y todo es paz, todo contento.

Tranquila el alma, la conciencia pura,  
Sanos también los juveniles miembros,  
Dulces en vuestra vida se encadenan  
Estudio y oración, trabajo y rezo.

Del espíritu unido al ejercicio  
Va el corporal, activo movimiento;  
Y el amor á las letras ó á las artes  
No apaga los legítimos afectos.

Madres dejáis en el hogar y hermanas;  
Madres halláis y hermanas aquí dentro:  
Y aunque es valle de lágrimas el mundo,  
Y hay llanto en vuestras casas, aquí hay menos.

Color de rosa lo presente llega,  
Lo por venir preséntase risueño,  
Y aun parecen postrarse á vuestras plantas  
Obedientes los rudos elementos.

Los elementos, que á menudo hostiles  
Á las criaturas del Señor, rompiendo  
Sus lazos de adamante, se conjuran  
Contra lo más sublime y duradero.



Tal sucedió con el dorado alcázar  
Que en Nueva York alzabase soberbio.  
Á muchos centenares contenía  
De hermanas vuestras su recinto inmenso.

Magníficos brillaban sus salones  
Y se elevaba su oratorio espléndido,  
Y entre innúmeras celdas, relucían  
Su vasta Biblioteca y su Museo.

Sus ricos gabinetes ostentaban  
Científicos preciosos instrumentos;  
Y el majestoso, altísimo edificio  
Coronaba cimborrio gigantesco.

¡Oh, cuántas veces sus queridos muros  
Me brindaron albergue placentero!  
¡Cuántas, me propinaron sus jardines  
Alegre sombra y plácido recreo!

¡Con qué triste placer la hermosa fiesta  
De que hace un año disfruté, recuerdo,  
Cuando, en unión de su Prelado insigne,  
Á las alumnas repartí los premios!

De aquel mi antiguo concoleja ilustre  
Á las instancias y amistad cediendo,  
De dirigir al auditorio extraño  
Sentidas frases, tuve el ardimiento.

¡Quién nos hubiera dicho que el discurso  
De mi tímido labio, era el postrero  
Que, de los siglos hasta el fin, podrían  
De aquellos muros repetir los ecos! . . . .

Era una noche del templado Otoño:  
La campana del santo monasterio  
Á la oración llamaba á las maestras,  
Y á las alumnas convidaba al sueño.

De repente, los ojos vigilantes  
De la anciana Rectora, de humo denso  
Ven elevarse pavorosa nube  
Que la cúpula envuelve en vapor negro.

No hay duda: ó mano de hombres ha encendido,  
Ó espíritu infernal, el voraz fuego.  
¡Prudencia, actividad! . . . . ó mil preciosas  
Vidas, consumirá fatal incendio.

De la inmensa Ciudad á los custodios  
Comunica la alarma el hilo eléctrico:  
Ella, con pie veloz, pero sin ruido,  
Penetra en la capilla y aposentos.

Con firme voz á su familia llama,  
Ó impertérrita agita el instrumento  
De mando, la Señora; y sus mandatos  
Todas acatan con sumiso obsequio;

Y en ordenada fila, á los jardines  
Con mesurado paso van saliendo  
Sin preguntar por qué tan á deshora  
Se opera el desusado movimiento.

No de otra suerte el derrotado ilustre  
De la triste Sadowa, al ver el éxito  
Fatal de la batalla, ordena impávido  
La retirada del vencido ejército;



Y, en orden admirable, las espaldas  
Vuelven infantes y húsares ligeros,  
Y ante la hueste audaz que los persigue  
Replegándose van á paso lento.

Así á la tierna femenil cohorte  
De aquella madre el varonil aliento  
Salva de hórrida muerte; y ni una sola  
Falta, merced á su valor sereno.

No así la casa, la querida casa,  
Que bien pudo llamarse alcázar regio:  
Las llamas implacables la consumen,  
Ni las puede domar ningún esfuerzo.

Rápidas llegan poderosas bombas,  
Y máquinas sin fin de salvamento;  
Y ansioso de librar á las queridas  
Madres y alumnas, se aglomera el pueblo.

Pero no pueden los pesados carros  
Hacer subir caballos ni bomberos,  
Hasta la cumbre del que audaz sostuvo  
Los largos claustros, elevado cerro:

Y cuando tocan la anhelada cima,  
Arrastradas al fin por brazos ciento,  
Bombas y escalas, mangas y maromas,  
No hay agua ¡oh Dios! el agua está muy lejos!....

¡Hijas del corazón! Desastres tales  
No tan sólo ignoráis; pero hasta el riesgo  
Alejan estos muros, que las torres  
De la antigua Babel aún más gruesos.

Entre los cien jardines, que fecunda  
Del buen Jesús el Corazón paterno,  
¿Será temeridad el figurarse  
Que es hoy vuestro jardín el predilecto?

Las ricas bendiciones, que de lo alto  
Sobre sus hijos invocó, y del seno  
De la fecunda tierra, el moribundo  
Padre Jacob, en su doliente lecho,

Sobre vuestras cabezas virginales  
Parece que el Señor vierte de lleno;  
Y no llueven las gracias gota á gota  
Sino á guisa de místico aguacero.

¿Cómo podréis corresponder á tantos  
Y tan grandes favores, y al benévolo  
Afán, con que os protege y os ampara  
Dios, contra los poderes del infierno?

Las diversas medallas, ya del *Niño*  
*Jesús*, ya de los *Ángeles*, que al cuello  
En más de una ocasión os he colgado,  
Prueban vuestros santísimos deseos.

Otras más agraciadas, de Hijas tiernas  
De la Virgen Deípara, los fueros  
Revisten, y las místicas insignias,  
De singulares prendas privilegio.

Coronas de laurel y blancas rosas  
En casi todas vuestras sienas veo;  
Al estudio, y solícitos afanes  
Recompensa debida, y al talento.



Y esas otras guirnaldas más preciosas  
Que merecido habéis, me enorgullezco  
De contemplar; y en las virtudes altas  
Que honra tan grande os alcanzaron, pienso.

¡Cuán bien de las azules y las verdes  
Bandas, os sienta el majestuoso arreo,  
Y el medallón, que muchas ambicionan  
Y es de una sola galardón supremo!

En el arte divino de la música,  
En la declamación y el canto, observo  
Que constantes y rápidos han sido,  
Y nunca interrumpidos los progresos.

El que no descuidéis, me regocija,  
Ni las labores del hogar doméstico,  
Ni las útiles artes, que realzan  
Tanto, como el recamo y el diseño.

Éxtasis de placer me han producido  
Los que habéis recitado ánglicos versos,  
Y los que os inspiró filial arranque  
Pulidos castellanos cumplimientos.

Por las victorias de hoy os felicito;  
Los trabajos pasados agradezco;  
Y á ceñiros coronas más hermosas  
En los futuros años, me reservo.

¡De esta querida juventud maestras!  
Á vosotras coronas no os prometo  
De rosas, en verdad, porque un desaire  
De vuestros labios recibir no quiero.

En la opulenta Siena, á Catalina,  
De Etruria prez, de vírgenes modelo,  
Un querubín se presentó hace siglos  
Dos coronas celestes ofreciendo.

Una, de bellas rosas; era la otra  
De punzantes espinas duro cerco:  
Ésta tomó la penitente virgen  
De manos del alado mensajero.

Yo, ni á escoger os doy: espinas sólo  
De agudísimas puntas os presento;  
Espinas que desgarran vuestras sienas;  
Espinas que os penetren al cerebro.

¡Ofrenda singular (clamará alguno)  
De extraña gratitud! Pero estoy cierto  
De que mi dón aceptaréis gozosas  
De la Senense religiosa á ejemplo.

Cuenta el que conocéis, mito pagano,  
Que de la sangre de la diosa Venus,  
Por punzantes zarzales derramada,  
El rosal germinó, de aroma lleno.

Las espinas así, de vuestras sienas  
Teñidas en la sangre, á los amenos  
Jardines celestiales transplantadas,  
Sus puntas perderán y hórrido aspecto,

Y en rosas y azucenas convertidas  
De olor fragante y de fulgor espléndido,  
Harán que vuestras frentes virginales  
Como estrellas reluzcan *in æternum*.



Ved si regalo de mayor valía  
Pudiera presentaros el anhelo  
De agradaros, serviros y ensalzaros  
Que abriga el corazón de vuestro siervo.

Flores, á las alumnas; doy espinas  
De las maestras al querido gremio.  
¡Quiera el Señor multiplicar las flores  
Y á las espinas dar también aumento!



## DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE  
NIÑAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, DE MÉXICO,  
EL 1º DE AGOSTO DE 1889.